

I. UN MISTERIO SIN RESOLVER

Manolo disfrutaba pescando en la Caleta. El Levante estaba en calma y el calor era espeso. Hacía tiempo que no se podía pescar algo en estas aguas esquilgadas por furtivos y aficionados. Le gustaba ponerse lejos de los demás y buscaba los lugares más apartados entre las rocas, allí donde combatía el oleaje. Pero hoy la mar era como un plato de aceite. Se había quitado la camiseta y llevaba su gorra de marinero bien encasquetada en la cabeza. Manolo sudaba copiosamente bajo el sol de agosto.

Por fin, algo picó.

- ¡Ya era hora, *cago en mis muertos!* ¡Y este es grande... El sedal se tensó. Algo tiró con fuerza desde el interior del mar y a Manolo no le dio tiempo ni a soltar la colilla de la boca. El mar azul y suave como el cielo que le cobijaba, lo engulló.

Al pasar la esquina de los callejones, unos “malages” lanzaron confeti a Celia. De repente era como un pestiño con bolas de azúcar. Celia se disgustó. Tenía que presentarse a un trabajo y quería tener un aspecto serio a pesar de su juventud. A esa hora, era la única persona malhumorada que circulaba por el centro de Cádiz donde el cachondeo y el barullo comenzaba su actividad. A lo lejos, un borracho cantaba las últimas coplillas que estaban pegando en estos carnavales.

* * *

Celia llegó a la redacción del *Diario Gades*, sacudiéndose aún de papelillos. Cuando entraba en la redacción descubrió con pesar, que le quedaba un buen montón dentro de los zapatos. No había mucha gente en la sala, aunque los que estaban se veían agobiados por el trabajo.

- Perdone. Busco al redactor jefe.

- Está durmiendo a esta hora. -La chica que le contestó ni siquiera le miró a la cara. Escribía y a la vez tenía el teléfono pegado a la oreja, y ésta a mitad del hombro. Celia pensó que aquella chica debía tener el cuello de un periquito para no partirse las cervicales.

- Bueno, pues busco a alguien que le sustituya, al coordinador, al editor, al jefe de fotografía o de infografía, o de...

- ¡Para!;Para! Le contestó la otra. ¿Qué es lo que quieres?

- Me han dicho que buscaban a un fotógrafo.

- Mira, le dijo “la periquito”-, ahora todos están descansando. Se quedan tarde con eso de los carnavales. Ven esta noche, es más seguro. Perdona pero te tengo que dejar, estoy hablando por teléfono.

Celia decidió esperar un poco más tarde. Dejó esa jaula de pájaros que parecía la redacción, pensando que sería una buena idea comer algo, ya que no había almorzado. Abandonó la calle Caballos mientras cavilaba dónde podría comer con tranquilidad. Al rodear el teatro Falla, tropezó con un chico que estaba parado en una esquina.

- ¡Ay!, lo siento... El tío ni se inmutó. La observó con furia unos segundos y siguió mirando los papeles que tenía entre las manos. “Vaya maleducado”, pensó Celia mientras se masajeaba el hombro dolorido. Le pareció que había chocado contra un armario. Para colmo, otro grupo de jóvenes disfrazados se encarnizó con ella llenándola de serpentina y sprays fluorescentes. Ese no era su día, pensó.

Faly no conseguía dar con el sitio acordado. Encima esa tonta le había empujado justo cuando creyó encontrar el nombre de la calle en el plano. Ahora no lograba hallarlo y por momentos se estaba haciendo más oscuro. Le costaba ver las letras pequeñas y se acercó a una farola en cuanto se encendieron las luces. Cada vez había más gente en la calle. El ambiente se llenaba de risas, gritos y música de carnaval. Por fin, vislumbró la calle que buscaba. Entró en una casa de vecinos. El patio estaba adornado con flores y motivos carnavalescos. Se escuchaba actividad en las casas pero no se encontró con ningún vecino. Siguió caminando hasta un angosto pasillo continuo al patio, que daba a un callejón sin salida. El callejón estaba repleto de cajas de madera, bicis descuartizadas y otros bultos que no supo precisar. Era difícil ver algo en la oscuridad, así que decidió encender una cerilla.

La luz del fósforo asustó a una rata. Faly apenas vio un segundo su silueta por una cañería de la pared. La impresión le hizo soltar un latigazo de adrenalina.

- ¡Cago en diez!Fú, fúu... Se sopló los dedos quemados y encendió corriendo otra cerilla para no estar en la oscuridad. En ese mismo instante sintió que algo estaba detrás de él. Se volvió bruscamente, para doblarse luego en una mueca de dolor.

Cerca, en el patio, una chirigota “ilegal” hacía las delicias de los vecinos. Iban vestidos de niños pequeños con largas trenzas de lana tanto ellas como algunos de ellos y unos babis a rayas. Dos grandes parches de carmín destacaban en las mejillas de los chirigoteros que brillaban de sudor. Nadie prestó atención al ruido del fondo. Mientras la gente coreaba las coplillas, el cuerpo de Faly era arrastrado por el suelo del callejón.

- ¡A ver! ¿Alguien tiene suelto para la máquina de café?

- Siempre estás igual Ramón. ¿Es que sólo llevas billetes grandes?

- ¿Me das suelto o no, cojones?

- Sigues tan mal hablado. Por cierto, que tengo ovarios no esperma.

- Ya empezamos. Las “niñas” de la redacción como siempre...A esta hora no se le puede hablar así a un jefe y menos cuando tiene dolor de cabeza.

- En mi pueblo lo llamamos resaca.

Ramón iba a contestar, sólo que se quemó la boca con el café. Mientras escupía y se secaba con un pañuelo, un vigilante le anunció que le esperaban. Con la cabeza le señaló a una chica menuda y morena, con actitud algo hosca. Ramón con la mirada interrogó a Inma.

- Vino ayer dos veces a buscarte. Es por el puesto de fotógrafo.

“¿De fotógrafo? -pensó Ramón- Pero si seguro que la cámara no le llega a los pies!”. Al mismo tiempo contrastaba la imagen de la joven con el curtido fotógrafo de la redacción que se había roto una pierna, por intentar sacar una imagen desde el telón del Falla. Sólo a Roberto se le ocurriría subirse hasta allí para fotografiar el escenario desde arriba. La mala suerte fue que estuvieran ensayando y alguien dejara caer el telón. Finalmente, Roberto consiguió una buena foto, pero siendo él, el protagonista en las portadas, con una pierna al este y otra al oeste.

- Hoy no estoy para nadie. Que venga otro día.

- ¡Eres un mierda, Ramón!, ¿Le vas a hacer eso a esa pobre chica? ¡Ayer vino dos veces!

- Ya me lo has dicho. ¡Está bien!, que pase. - Ramón no quería una revuelta femenina y decidió a la vista de las saetas que le enviaban las redactoras, hablar con la chica. Además, necesitaba de verdad a alguien con tanto trabajo acumulado. Le hizo una señal con la cabeza a la muchacha y entró en el despacho.

Celia cerró la puerta con ímpetu. No le gustaba que le dieran largas y ayer se pasó todo el día esperando a ese tipejo.

- Así que tú quieres trabajar en el periódico, ¿no?

- Bueno, no he venido a recoger limones.

El jefe de redacción se puso rígido. No le gustaban los sarcasmos y menos ese día, con la resaca.

- ¿Qué experiencia tienes?

- He hecho foto-reportajes de boda y publicidad.

Ramón se quedó pasmado.

- ¿Fotos de boda? Esto es el colmo. Señorita, aquí nos dedicamos al periodismo no a la crónica rosa. No es la persona adecuada para el puesto. Buscamos a alguien con experiencia en prensa.

- Sé sacar fotos de todo tipo. En el anuncio ponía sólo fotógrafo a secas. Además, vengo desde muy lejos para este trabajo y no pienso marcharme sin una oportunidad. -Celia alzó la voz. Ramón observó a través de los cristales del despacho. Era evidente que media redacción les había escuchado y seguían con atención el desenlace. Comprobó para su pesar, que la mayoría de la redacción estaba formada por mujeres. Las saetas volvían a brillar.

- Esta bien, -se rindió-, dentro de una hora hay un pleno extraordinario en el Ayuntamiento. Es un asunto importante. Una moción de confianza contra el alcalde. Saca fotos de lo que allí ocurra. Me interesa sobre todo el alcalde. Es un tema de portada, así que esmérate si quieres trabajar aquí.

Celia le dio las gracias y se dirigió inmediatamente a la dirección que le habían dado. Por el camino se dio cuenta de que no había preguntado por las condiciones en el caso de ser aceptada y de que ni siquiera le habían facilitado el equipo. Tendría que poner su máquina y sus carretes. De todas formas, -es el principio-, se consoló mientras corría por San Juan de Dios.

* * *

Rafa colgó el teléfono entre perplejo y malhumorado.- ¿Qué ocurre?, le preguntó su compañero.

- El de la UDYCO ha llamado diciendo que no encuentra la plaza de toros. Julián se echó a reír como si le dieran espasmos. Hasta pasados unos instantes, no se le oyó la risa que parecía más bien el aullar de un coyote.

Rafa salió de la comandancia. No estaba para cachondeítos. Con todas las cosas que tenía que hacer, sólo le faltaba tener que recoger a un nota de los cuerpos especiales. Quedaron cerca del pirulí de telefónica, en el paseo marítimo. Le identificó enseguida: larguirucho y con gabardina de color gris claro.

Juan Luis miraba el mar. Era un crisol de tonos grises y verdosos. El cielo estaba a juego, con nubes oscuras y plomizas al fondo. El viento frío pero agradable, hacía bailar su gabardina. Llevaba más de tres horas intentando localizar la plaza de toros de Cádiz. Cuando preguntaba por ella, todo el mundo le decía que estaba cerca, pero por más vueltas que dio, no encontró ningún coso taurino. Ya empezaba a pensar que los gaditanos se estaban guaseando de él, sobre todo ahora en plenos carnavales. ¡Pero si hasta el taxista le dijo que le dejaba en la misma plaza! Mientras cavilaba los misterios del callejero de Cádiz, se le acercó un individuo. Era más bajo y fornido que él. Llevaba el pelo corto, pero con un largo flequillo negro y lacio que le daba aspecto de crío. Unas pequeñas gafas venían a complementar su imagen infantil. Llevaba una cazadora verde y por sus zapatos supo que era guardia civil.

- El teniente Tejero, -se presentó.

- Yo soy el teniente García, dijo Rafa, al tiempo que apretaba con fuerza la mano del policía.

- Lo siento. No he encontrado la plaza de toros. Créame que no lo entiendo, -dijo Tejero.

- No existe.

- ¿Cómo?

- Que no existe, -repitió Rafael. Bueno, existió pero hace muchos años que no hay plaza de toros en Cádiz, aunque todos conocen el lugar por este nombre.

- Vaya.... -Es lo único que se le ocurrió decir al teniente Tejero, que de repente sintió cómo iba cambiando a un tono más saludable, tirando a rojo. Le avergonzó su falta de información sobre los cosos españoles y cayó en la cuenta de que nunca había oído hablar de la plaza gaditana.

Mientras caminaban en dirección a la comisaría central de Cádiz, el representante de la UDYCO, semejaba un semáforo con luz de ¡alto!.

La comisaría olía a pintura y goma nueva. Había unos operarios trabajando en colocar placas de escayola en el techo del pasillo. Los dos agentes tuvieron que echarse a un lado para poder pasar, mientras que unas gotas de grumo caían sobre la impecable gabardina del teniente. No había nada que le molestara más que mancharse la ropa ¡Y menos de escayola! Con lo que resaltaba en la tela gris. Llegaron hasta una amplia habitación. Dentro esperaban otras cuatro personas. Entre ellas, Julián, el compañero de Rafa. Este presentó al recién llegado.

- El teniente Tejero.

Julián se cuadró instintivamente, más por susto que por disciplina. Mirándolo de reojo, tieso como un paraguas, se percató de su error. El inconsciente le había jugado una mala pasada. Poco a poco se relajó, pero estuvo toda la tarde con la nuca agarrotada. Rafael acercó al policía a cada uno de los presentes:

- El jefe de la comisaría de Cádiz, Eduardo Menedillos; el sargento Mendoza; el detective Pérez de Liaño y mi compañero Julián Lobo.

- Encantado. Siento el retraso.

- ¡Bien! Sentémonos, -soltó el comisario. Su voz parecía un revólver. Estamos esperando a un agente de la policía local, que suponemos estará a punto de llegar. Pero vamos a ir adelantando.

Se sentaron alrededor de una gran mesa ovalada rodeada de ordenadores y paneles en los cuales había numerosas fotografías a cual más truculenta. El sargento Mendoza comenzó a repartir otro taco de fotos y documentos a cada uno. Tenía una cara negra y perruna, que apenas demostraba alguna emoción, aunque miraba a los ojos cuando soltaba el dossier.

- Aquí tienen distintas fotografías. Como ven van enumeradas junto a los resultados de las autopsias, de los laboratorios y del resumen de cada caso. El teniente Tejero hojeaba con rapidez folios e imágenes. Cada una de ellas, de un caso distinto. O al menos, así se creyó en un primer momento. Ahora se pensaba que tal vez los crímenes estuvieran relacionados entre sí aunque aún no habían hallado el nexo de unión. Para eso estaba allí ese elenco de policías.

- Siete asesinatos en siete meses. No parecen guar...

* * *

De repente, se abrió la puerta. De ella surgió una criatura que hizo dar un respingo a todos los presentes. Desaliñado, con barba y una camisa sudosa, a pesar de estar en invierno, parecía recién salido de una siesta entre contenedores de basura. Se atusó el bigote y los pelos de la calva, y se sentó.

El comisario hizo las presentaciones.

- Este es el agente Paco Estrella, de la policía local. El teniente Tejero, de la UDYCO. A los demás ya nos conoce.

Tejero le ofreció la mano, no sin cierta repulsión, que parecía correspondida, a tenor del tibio y viscoso roce de manos. No entendió lo que farfulló el policía local y esperó para sus adentros no tener que trabajar con semejante tipo.

- Tienen ustedes todo el material que hemos conseguido hasta ahora. Desde que aparecieron los primeros cuerpos, -o mejor dicho-, los restos, no hemos podido adelantar más. Me imagino que usted estará al tanto de las investigaciones. Hemos enviado un dossier completo a Sevilla. El comisario se dirigía al teniente Tejero mientras que con la mirada indicaba al sargento Mendoza que colocara otra carpeta en el sitio del policía local. Le lanzó la carpeta al agente desde el otro lado de la mesa. Paco Estrella, la paró de un manotazo y miró con ojos ensangrentados al chucho del comisario.

- El detective Pérez de Liaño les hará una escueta relación de los hechos.

El aludido se levantó. Vestía de calle y tenía el traje arrugado como recién sacado de la secadora. Se plantó ante uno de los paneles y lo acercó a la mesa. En él había grandes fotografías y dibujos.

- A finales de agosto, concretamente el 23, un niño encontró la mitad de un torso humano. Sólo quedaba un brazo, que por fortuna, se conservó bien. La autopsia reveló que pertenecía a un pescador, Manolo Pernerás, alias "el cachucho". Su familia no había denunciado su desaparición hasta cuatro días después. Decían que era normal que a veces se ausentara de su domicilio para hacer "chapús" y buscarse algún trabajo, pero nunca había tardado tanto. Considerando que no llevaba dinero y que poco después se encontró su camiseta y algunos efectos personales en la playa, las investigaciones iban encaminadas a un posible ahogamiento. Según su mujer, el 15 de agosto, sobre el medio día, había salido a tomar un paseo. No coincidían sus declaraciones con esta desaparición. Le apretamos un poquito y confesó que su marido tenía la intención de pescar en los alrededores de Santa Catalina. Un lugar prohibido por la Consejería de Agricultura y Pesca, por eso no denunciaron desde el principio su ausencia. "El Cachucho"

se dedicaba a la pesca furtiva y ya había sido sancionado varias veces.

Rafael volvió a observar la fotografía del torso que tantas veces había visto ya. Fue la guardia civil quien rescató estos restos de la orilla. Todavía recordaba al pequeño que tropezó con el macabro hallazgo. En la comandancia no hacía más que balancear las piernas de arriba abajo, sentado en un gran banco de madera, mientras oteaba el techo de la sala. Era muy moreno, pero Rafa pudo observar que el chaval tenía tintes de color oliva. Le hacía gracia su aspecto, con el flequillo tan rizado y tupido. Parecía un animalito, pensó.

* * *

- El torso tenía varios desgarros. La carne había perdido la piel y presentaba un color blanco gelatinoso. El brazo, bien conservado junto a una mano, estaba flexionado. Sus dedos agarraban algo que nos desconcertó y que...

- Después entraremos en detalles, detective, le interrumpió el comisario.

- Bien, segundo caso. A principios de septiembre un homo... un hombre denuncia la desaparición de su amigo. Según él, acababan de salir de un bar de copas en el centro. Decidieron regresar por el paseo de la Caleta. Su amigo le dijo que iba mear y bajó a los pilotes del antiguo balneario. Era tarde y no había nadie y en la oscuridad, el denunciante no podía ver, ejem..., a su pareja. Dice que oyó un grito y que fue a buscarle. Luego, reconoció que no bajó enseguida, porque creía que su amigo le estaba gastando una broma. Al ver que no salía, bajó. Sólo recuerda haber escuchado un chapoteo. Le buscó por todas partes llamándole a gritos. Lo que parecía una broma, le estaba poniendo furioso...

* * *

- ¡Abrevie detective! El comisario estaba empezando a impacientarse. Cuando eso ocurría, se le señalaban las venas de las sienes y el cuello, y a semejanza de un camaleón pasaba pasmosamente del rojo al morado. Un color que hacía más sombrío su rostro.

- ...El, el... el individuo en cuestión, no encontró a su amigo. Fue a denunciar su caso nervioso, histérico diría yo, -miró de soslayo al comisario y decidió acabar pronto-, estaba además, lleno de sangre. Cuando le tomamos declaraciones dijo que al buscar a su amigo, se apoyó en los pilotes del balneario y que allí se manchó de sangre. Entonces, salió de la playa preso del pánico y... -El comisario ya comenzaba a teñirse de púrpura- fue detenido como sospechoso. La sangre correspondía a su amigo, efectivamente, pero no se halló su cuerpo. De momento, está en libertad, porque no hemos podido relacionarlo con el crimen.

- ¡El siguiente caso...!- gritó Menudillos.

- ¡Y ya van tres! - La voz cavernosa salió de Paco Estrella. Todos los presentes en la sala le miraron con reprobación.

- Siga, siga... no le estorbo más, farfulló, junto al resto de la frase que fue ininteligible para los demás. Se reía desde adentro, a pesar de estar de morros. Algo de lo que todos se percataron, por lo que la audiencia estaba más que furiosa. No caía bien ese Paco Estrella.

- Tercer caso, - siguió el detective Pérez de Liaño. Esta vez le tocó a un indigente. Estaba en la calle Sopranis junto a otro mendigo. Fueron a las duchas municipales de esa calle. No había nadie más. Esa casa de baños iba a ser demolida pronto por su mal estado y como funciona la de...

- ¡Detective!

Casi se cuadró ante el grito del comisario. Ya no sabía qué hacer con las manos, así que se apoyó en una silla. Con su larga estatura, tenía que encorvarse para llegar al respaldo. Se sentía nervioso y descompuesto. Unos retortijones amenazaban con hacerle salir disparado hacia el baño. No obstante, siguió.

- La... la casa de baños -el nauseabundo poli local se reía como un fuelle jadeante y su barriga se movía al compás-, el detective-estaba-tan-concentrado-en-hallar-la-fórmula-para-pegarle-dos-hostias, que no conseguía hilvanar la frase. Los dos mendigos fueron a la casa de baños. Sólo había una funcionaria que les atendió. Ambos se tomaron una ducha en distintas zonas, porque como he dicho, el inmueble está en muy mal estado. -¡Por fin pudo hablar seguido!- Cuando se bañaban, *Nono* escuchó un grito espantoso. Provenía del lugar donde estaba *Cielito*, -así se hacen llamar esos dos-. Al acercarse dice que vio a *Cielito* o lo que parecía ser él, arrastrado por los pies. No pudo ver quién o qué era, sólo que hacía un ruido espantoso, como la respiración de un perro grande, según confesó luego. El bulto ensangrentado que era su amigo desapareció en un instante y salió desnudo y despavorido a pedir ayuda. La mujer que estaba en ese momento, una religiosa que ayuda en estas tareas, cuando vio el reguero de sangre, salió huyendo también. Ese día hubo un gran incendio en el centro, cerca de Puerto Chico. Todos los efectivos policiales y la Guardia Civil estaban allí, evacuando a la gente y acordonando la zona. Había además partido de fútbol contra el Sevilla las calles estaban abarrotadas de coches y personas. Hasta la madrugada no pudieron acercarse los agentes. Fueron dos policías locales, entre ellos, nuestro ejem... compañero Paco Estrella. Quizá él pueda comentarnos más qué es lo que encontraron en la casa de baños, -añadió con toda su mala leche.